

FOSSILTOPIA

Exploraciones críticas de las infraestructuras y sus aberraciones

Gemma Barricarte¹

Consejo Superior de Investigaciones Científicas 

<https://dx.doi.org/10.5209/revi.106500>

La infraestructura del territorio es también una *infraestructura de la percepción*

Sascha Roesler
City Climate and Architecture: A Theory of Collective Practice

Mientras el resto del mundo quedaba fuera de mi control, en la Mansión Playboy todo sería perfecto.
Ése era mi plan. Me crié en un ambiente muy represor y conformista, así que buscaba crear mi propio universo, donde me sintiera libre para vivir y amar de un modo que la mayoría de la gente

apenas se atreve a soñar
Hugh Hefner, *Playboy*, diciembre de 1953

En *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en 'Playboy' durante la guerra fría* (2010), Paul B. Preciado relata la construcción del imperio mediático-inmobiliario de la revista *Playboy* –fundada en 1953–, una utopía pornográfica masculina –una pornotopía– que transformó los imaginarios de la sexualidad, la domesticidad y la tecnología en el siglo XX. La revista, lejos de limitarse a publicar desnudos, fue un *proyecto infraestructural* –es decir, arquitectónico, político y tecnológico– destinado a producir un nuevo espíritu. Las infraestructuras no sólo existen como artefactos técnicos destinados a la circulación de flujos (materiales, energéticos o de sentido), sino también como formaciones con una dimensión simbólica propia. En ellas se acumulan deseos, proyecciones y fantasías, de modo que pueden adquirir rasgos fetichistas que, en ocasiones, se independizan por completo de su función técnica. La producción de la experiencia a través de las infraestructuras es clave. Autores como Andrew Barry afirman que una “sociedad tecnológica es aquella que cultiva las habilidades y el conocimiento técnicos de los ciudadanos como condición para operar dentro de un mundo moderno”.² En ese sentido, la infraestructura constituye “un conjunto de competencias culturales a ser aprendidas”³ y produce experiencias estéticas y políticas. Como cosas y sistemas de relaciones entre cosas (que al mismo tiempo generan aprendizajes culturales), están presentes en los sentidos y ordenan el imaginario y la autopercepción social. Hefner lo entendió muy bien: “para cultivar un alma, había que diseñar un hábitat: crear un espacio, proponer un conjunto de prácticas capaces de funcionar como hábitos del cuerpo. Transformar al hombre heterosexual americano en playboy suponía inventar un topónimo erótico alternativo a la casa familiar suburbana, espacio heterosexual dominante propuesto por la cultura norteamericana de posguerra”.⁴ Para ello, *Playboy* desarrolla una amplia red de clubes y hoteles urbanos en América y Europa, documentando sus interiores en sus números. La expansión de *Playboy* fue una batalla moral que se revelaba contra los valores de la masculinidad tradicional del *breadwinner* como la honestidad, la rectitud, la fidelidad, la coherencia, la fuerza... fue un “ataque frontal a las relaciones tradicionales entre género, sexo y arquitectura”.⁵ De pronto, la masculinidad ya no se vinculaba al opaco y decente trabajador padre de familia, sino que se reafirmaba desde lo lúdico: la libido, el deseo heterosexual, la soltería, el dominio, el hedonismo, la potencia...

¹ He editado este dossier y realizado las traducciones de los textos del número gracias a mi contrato en el proyecto de investigación “Cultura (post)fósil: imaginarios socio-culturales, calentamiento global y transición energética” (KULTUR(P)FOSSIL, CNS2023-143774), financiado por MICIU/AEI /I0.13039/501100011033 y por la Unión Europea NextGenerationEU/PRTR.

² Andrew Barry, *Political Machines: Governing a technological society* (Londres:Continuum, 2001)

³ Brian Larkin, “The Politics and Poetics of Infrastructure,” *Annual Review of Anthropology* 42 (2013): 327–43, <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092412-155522>.

⁴ Paul B. Preciado, *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría*, (Barcelona: Anagrama, 2010), 17.

⁵ Ibidem, p. 20



Imagen de Torres Blancas digitalizada y editada por Gemma Barricarte.

Negativo original cedido por cortesía de OHLA, SA.

Según Preciado, lo que resultaba la verdadera modernidad en Playboy era el régimen de hiperconsumo a través de los *mass-media*, la expansión mediática de una forma de *infraestructura*. Sin embargo, no todas las formas de utopía (o infraestructura libidinal) tienen el régimen de hipervisibilidad sobre el que se sostuvo Playboy. Algunas deben ser escrutadas, estudiadas, e incluso ficcionadas, para poder ser inteligibles. El concepto que da nombre a este número constituye un intento de ficcionalización teórica. *Fossiltopia* retoma el hilo iniciado por Preciado. Una pornotopía es una forma singular de *heterotopía*, término acuñado por Michel Foucault en el marco de sus teorizaciones socioespaciales, que literalmente podría traducirse como *lugar otro*. Una heterotopía es un espacio en el que se yuxtaponen espacios en principio incompatibles, espacios donde uno está y no está al mismo tiempo, espacios con cualidades extrañas donde aparecen relaciones alteradas entre cosas y personas, mundos dentro de otros mundos: “lugares donde se suspenden las normas morales que rigen todo otro lugar [mientras aparecen otras], una suerte de ‘utopías localizadas’ que han encontrado un lugar provisional o un puerto de excepción”.⁶ Para Foucault se trataba del psiquiátrico, la prisión, las colonias o los burdeles. Un ejemplo extremo de heterotopía podría ser el palacio urbano de *Saló o los 120 días de Sodoma* (1975) de Pier Paolo Pasolini, inspirada en la obra de Marqués de Sade, donde un

⁶ Ibidem, p. 119

grupo de fascistas somete a sus 18 esclavos a todo tipo de rituales obscenos y sádicos en compañía de varias prostitutas.

Preciado se refiere a la pornotopía como “una singular heterotopía sexual propia del tardocapitalismo de las sociedades de superconsumo de la guerra fría”, como una “ficción teatralizada de la sexualidad”.⁷ Y distingue sus cualidades topológicas: las hay de *proliferación extensa* –las que conforman por sí mismas un territorio con sus propios códigos, leyes y modos de vida, como los barrios chinos o el *Strip* de Las Vegas – y las hay *localizadas* –de una microescala del tipo cabinas porno, clubes de intercambio de parejas....–. Todas estas funcionan como “reservas parciales de energía libidinal” y “constituyen brechas en la topografía sexual de la ciudad, alteraciones en los modos normativos de codificar el género y la sexualidad, las prácticas del cuerpo y los rituales de producción de placer”.⁸ La pornotopía de *Playboy* se convirtió en una *infraestructura* del capital farmaco-pornográfico. Sin embargo, hay otros dispositivos libidinales en los que Preciado, en ese momento, no reparó y que tienen que ver, precisamente, con una dimensión geohistórica: los *combustibles fósiles*. A este espacio (o espacios) propio de la tecnoesfera y culturas fósiles, con cualidades heterotópicas, pero que ostenta también sus propias singularidades, lo denomino *Fossiltopia*. ¿Acaso un coche no ha funcionado tantas veces, en sentido literal y psicoanalítico, como burdel –un dispositivo de sublimación del deseo–? David Cronenberg y Julia Ducournau lo comprendieron bien en obras como *Crash* (1996) y *Titane* (2023). En ellas, *Fossiltopia* está presente.

Fossiltopia, a diferencia de la pornotopía de *Playboy*, desde su eclosión en el siglo XIX y su expansión acelerada, no es una excepción: se ha convertido en la norma. No casualmente, la pornotopía de *Playboy* surge en pleno boom petrolero y urbanizador del siglo XX. El petróleo, probablemente, ha sido una de las sustancias que más han revolucionado la producción de la experiencia y que más desapercibidas han pasado en comparación con la magnitud de su proceso colonizador. *Fossiltopia* es todo ese conjunto de heterotopías, constructos físicos o no, que condensan las lógicas fósiles y que son necesarias para la circulación, proliferación y consumo de hidrocarburos. Esta forma de nombrar *Fossiltopia* no es casual, parte de pornotopía y el modo narrativo y analítico que propone Preciado: conjugar afectos concretos con lugares y economías concretas, o utopías concretas. Una aproximación simultáneamente macro y micropolítica es capaz de conectar diferentes episodios de la historia de la producción de mundos libidinales y sus intimidades con las infraestructuras materiales que las sostienen. *Fossiltopia* no sólo se refiere al lugar o los lugares impregnados o constituidos por la utopía de la economía fósil, sino que busca la piel: sensibilidades contemporáneas y lógicas subjetivas que permanecen en una dialéctica continua con los espacios e infraestructuras que las alimentan. Una utopía no es sólo una propuesta de organización de la vida materializada a través de infraestructuras, territorios o economías, sino que, ante todo, es una propuesta moral y cosmovisiva que funciona como un dispositivo narrativo.

Podría argumentarse que, en su carácter de totalidad, todo puede ser mirado desde las lentes de la energía. Pero no se trata de hacer una lectura fósil-o energética- de todo respondiendo a modas coetáneas, sino más bien integrarlo como eje crítico, al igual que se ha realizado con ejes como el género, para pensar las formas en las que se da la vida. Por ello, este número se configura como un mapa de coordenadas macro y micropolíticas cuyos puntos, en muchos casos, se aproximan entre sí, conformando nubes de puntos, situándonos en algún lugar, y en otros, se proyectan como líneas de fuga futuribles.

Nubes de puntos forenses, aberraciones y fugas

Un primer aspecto de la cultura libidinal de lo fósil en *Fossiltopia*, presente en este número, es la noción de petromasculinidad.⁹ Este término, de origen anglosajón, hace referencia al diálogo triple entre las formas de masculinidad hegemónicas, el conservadurismo y el negacionismo climático. El término expresa un fenómeno de convergencia entre la tecnoesfera de lo fósil (automovilismo, industria pesada, minería,) y los valores e imaginarios viriles asociados al dominio, la potencia, la independencia, la fuerza, la voluntad... La petromasculinidad aparece cuando la transición ecológica o las políticas climáticas se perciben como una amenaza a un orden social donde ciertos hombres se han sentido tradicionalmente en el centro, es decir, el sujeto de la historia. En consecuencia, a esta amenaza de pérdida surge una sensación de *ansiedad de género* y, en respuesta, una necesidad de reafirmación identitaria compensatoria. Esta reafirmación está ligada a objetos fósiles, prácticas como el *rolling coal* o imaginarios como los que propone el Ministerio de Energía estadounidense reivindicando el lema ‘*Drill, baby, drill!*’ (perfora, bebé, perfora!). Sin embargo, cabe dotar de más capas de complejidad y atender a las singularidades concretas de las formas en las que este concepto se materializa en diferentes clases sociales y geografías. Este concepto es ampliamente explorado en la entrevista múltiple a Sara Ahmed, Cara Daggett, Layla Martínez y Joanna Žylińska. Por otro lado, desde una revisión crítica a los fundamentos del término, el artículo de Lionel Delgado, *Afectos fósiles: un diálogo entre las petromasculinidades y la teoría de los afectos*, critica la tendencia a psicologizar el problema del negacionismo climático sin atender a las

⁷ Ibidem, p. 120

⁸ Ibidem, p.121

⁹ Cara Daggett, “Petro-masculinity: Fossil Fuels and Authoritarian Desire,” *Millennium: Journal of International Studies* 47, no. 1 (2018): 25–44, <https://doi.org/10.1177/0305829818775817>.

estructuras materiales y afectivas que producen esos apegos al orden fósil, además de proponer una lectura situada y afirmativa de tal fenómeno. Y a través de la traducción a imaginarios culturales y políticos, el artículo *En mal de altura: notas sobre petro-masculinidad y el sublime fascista en Vox* de Miriam Valero, elabora una genealogía visual petromasculina y de la construcción del deseo de sublimación a través del estudio de la propaganda del partido de extrema derecha español VOX.

En una segunda dimensión de las coordenadas, aparece la estrecha relación que guardan la arquitectura y las infraestructuras en varios sentidos: son fenómenos socioespaciales y, de alguna manera, constituyen los soportes materiales que permiten la movilidad de flujos y acogen los stocks del capital fósil. Corrientes como la del marxismo gótico capturan bien el malestar infraestructural provocado por la condición de mercancía que ostenta la casa, lugar de seguridad, pero, al mismo tiempo, de ansiedad. China Mieville, en *La conspiración de la arquitectura: notas sobre la ansiedad moderna*, explora una imagen particular y perturbadora de los edificios que ha ido ganando cada vez más vigencia en la época moderna, el modo en que el mundo se experimenta como “no hogar”. La forma e imagen de la arquitectura y las infraestructuras no es casual. Con el objetivo de sistematizar la relación entre los combustibles fósiles y sus paradigmas espaciales, contamos con el texto fundacional de Elisa Iturbe, *La arquitectura y la muerte de la modernidad fósil*. Iturbe explora la forma en la que la arquitectura acogió un nuevo mundo infraestructural ligado a este nuevo paradigma energético tanto en la aparición de nuevas tipologías arquitectónicas como en los nuevos programas urbanos y edificatorios. Uno de los casos paradigmáticos es la villa Savoye de Le Corbusier: “No podemos concebir el entorno construido como un receptor pasivo de energía de la red, sino más bien como un agente que da forma a modos de vida intensivos en energía. [...] es necesario reconocer la expresión espacial de la energía intensiva en carbono –la forma fósil– como un espacio de intervención. [...] cada tipología arquitectónica refleja el sistema energético dominante de su época”.

En la misma línea, *Brutalismo Infraestructural*, de Michael Truscello, precisamente señala que no es casual que una figura como Le Corbusier, reprodujese la estética de la represa Norris (Tennessee, EEUU) en uno de sus proyectos más famosos: la *Unité d'Habitation* en Marsella (1947-1952). Truscello, a través del estudio de las imágenes infraestructurales, cuestiona el mito extendido de que las infraestructuras sólo son visibles cuando fallan. Por el contrario, muchas de las infraestructuras que han dado forma al mundo, forman parte de productos culturales de amplia popularidad, como las *road movies*, y presentan una “visibilidad sustancial de las infraestructuras en los textos artísticos, tanto contemporáneos como históricos”. En muchos casos, las narrativas que justifican su existencia distan mucho de la realidad que produjeron. Bajo la misma hipótesis, el artículo de Carmen Martín-Luquero, *Paisajes de agua y hormigón: Imágenes, infraestructuras y fantasmas del paradigma hidráulico franquista*, rastrea la visualidad de las infraestructuras hidráulicas en España y las formas propagandísticas de las que el régimen franquista se sirvió para construir una imagen de progreso, modernidad y potencia nacional. Las infraestructuras hidráulicas probablemente han sido el tipo de espacialidad fósil que más ha transformado el paisaje ibérico en el último siglo, mientras ocultaban las diferentes formas de violencia o “brutalismo infraestructural” que el régimen ecológico del “milagro español” supuso. No obstante, la aculturación infraestructural también se produjo a través de la habitabilidad que trajo el franquismo mediante el INC (Instituto Nacional de Colonización). Antonio Giráldez en *Hombres nuevos y praderas sintéticas. La urbanización infraestructural de A Terra Chá a través del Instituto Nacional de Colonización* muestra cómo el régimen franquista utilizó el territorio rural para construir una forma particular de modernidad autoritaria: desde la modelización topográfica de “praderas sintéticas” (ecosistemas artificiales diseñados para maximizar productividad) hasta el sujeto que debía habitarlo: el “colono ideal” un trabajador, católico y adaptado a la agroindustria. Estas nubes de puntos forenses de las fossiltopias se completan con el estudio de Jaime Vindel, *La desaparición fósil de las luciérnagas: modernidad energética y genocidio cultural entre la Italia neocapitalista y la emergencia ecosocial*, donde las narrativas energéticas de la Italia del “milagro económico”¹⁰, muy paralelas al del contexto español, fueron, en algún momento, construidas audiovisualmente por Pier Paolo Pasolini. Las tensiones que Pasolini muestra son algunas de las que se siguen viviendo en las narrativas infraestructurales contemporáneas. Vindel recupera la mirada operaista que entiende a los trabajadores como sujetos activos de transformación. Esta perspectiva sirve hoy para pensar una política ecológica y una mirada novedosa sobre las infraestructuras por venir.

En otro orden de coordenadas, a través de las imágenes reunidas en *Infraestructuras tóxicas. Ignacio Acosta y las zonas de extracción de cobre en Chile*, Christian Alonso explora, desde un enfoque ya clásico de la ecología política, los procesos de extracción de cobre en Chile a partir de la obra del artista chileno Ignacio Acosta. Por otro lado, como parte del apartado *focus*, la revisión que realiza Jiwon Yu de la instalación y performance *Hometown to come, or to Perform Waste* de la escultora coreana Mire Lee relata la transformación del teatro en un paisaje postapocalíptico hecho de desechos de construcción, cables, lonas rasgadas y estructuras precarias, acompañado por música *doom metal* que sacude el espacio. Esta escenografía caótica funciona como una alegoría de Seúl, ciudad natal de la artista, marcada por una historia de modernización

¹⁰ Nótese cómo la concepción del término “milagro” utilizado en el propio relato, de nuevo, invisibiliza las externalidades negativas (naturaleza barata y trabajo precario) y el aparataje infraestructural necesario para poder producirlo materialmente.

acelerada que propicia, de algún modo, la muerte de la infraestructura y su propia abyección. En otras instancias de la visualidad, lo que un trabajo trata como un dispositivo de denuncia del *brutalismo infraestructural* de extractivismo que permanece invisibilizado o ajeno a los ojos, en otro se transforma en una disección forense literal y en una pieza artística de aquello que el norte global habita: la carne de esas infraestructuras hecha de cemento, tubos, asfalto, tierra... *City body*, la muestra escultórica de Angelika Loderer, aparece entre lenguas de tierra retorcidas que se estiran, trozos de pieles urbanas marcadas por huellas, desechos urbanos que se convierten en piel; formaciones dentadas y cucharas corroídas; cables encrustados y fragmentos de escombros, insinuando un proceso de transmutación: la brecha metabólica se abre y sus residuos y materias se acumulan en *City body*. Estas muestras construyen el *topos* del cambio climático.

Finalmente, las líneas de fuga cierran el número a través de tres artículos que se proyectan, bien desde el utopismo con *Nueva Nueva Babilonia*, de Irene Landa –quien revisa las propuestas urbanas situacionistas y sus pulsiones utópicas– o bien desde una óptica que abraza la abundancia solar fundamental sobre la que se fundamenta nuestra experiencia del mundo, *A case for sunbathing (Have a nice day)*, un ensayo visual del estudio de arquitectura Common Accounts. Por su parte, mediante la exposición del proyecto Todas las huellas la huella, Elena Lavellés expone su práctica artística como un proyecto científico y estético de creación de arquitecturas futuras. El desarrollo de la matriz energética actual ha implicado muchos procesos de disciplinamiento de la subjetividad y del cuerpo. Las miradas y experiencias propuestas en este número muestran la complejidad de una transición energética, que va más allá de un mero cambio en las fuentes de energía: es un proyecto fundamentalmente infraestructural.